

Publicado el 18 de abril 2003

## Conversaciones atómicas

Una obra premiada con el Tony en el año 2000 recrea un encuentro que pudo cambiar el curso de la II Guerra Mundial

**COPENHAGUE.- Días:** Del 19 de abril al 1 de junio. **Lugar:** Centro Cultural de la Villa.

**Horario:** Miércoles, jueves y viernes, a las 20.00 horas. Sábados, a las 19.00 y 22.30 horas. Domingos, a las 19.00 horas. **Precio:** 17 euros. Miércoles, 10 euros. Reserva de grupos: 91 523 34 82. **Venta de entradas:** En taquilla y en Telentrada de Caixa Catalunya (902 10 12 12). **Intérpretes:** Fernando Delgado, Juan Gea y Sonsoles Benedicto.

Ocurre en ocasiones que la Historia (con mayúsculas) se escribe con minúsculas. A veces el asunto no pasa de una mera conversación entre dos personas que, a los ojos de un tercero, parecieran padre e hijo. Dos individuos hablando en el jardín próximo a un célebre instituto de investigación física. Una charla que, por cierto, nada tiene que ver con las cuestiones que a ambos les han hecho célebres y que les han hecho ganar el Premio Nobel de Física. Dos personas: Niels Bohr, padre de la física cuántica, y Werner Heisenberg, padre de la mecánica cuántica.



**Reflexión. Juan Gea, Fernando Delgado y Sonsoles Benedicto son los únicos intérpretes de una obra que versa sobre la gestación de la bomba atómica**

*Copenhague*, de Michael Frayn, narra el encuentro de estos dos hombres una sombría tarde de 1941 en Dinamarca, ocupada por las hordas hitlerianas. Bohr, en el punto de mira de la Gestapo —no en vano, desde 1935 el partido nazi había declarado como «ciencia judía» a la física cuántica—, recibe a Heisenberg, en el dudoso papel de discípulo y verdugo. De lo que en este paseo se habló todavía se discute, como si la niebla de aquella tarde también hubiera envuelto las palabras de aquellos colosos de la física contemporánea.

El dramaturgo, periodista y traductor inglés Michael Frayn aportó en 1998 su contribución a este misterio. Estrenada en Londres, esta pieza permaneció dos años en cartel antes de saltar a Nueva York, en 2000. En las dos ciudades *Copenhague* dejó un grato recuerdo en el público y la crítica, que la premió con el Standard Award a la mejor obra del año, en Londres, y con un Tony, en Nueva York. Para los fieles de Frayn, fue toda una sorpresa, pues hasta entonces éste había transitado por los caminos del humor y la comedia, y con bastante éxito, por cierto.

Pero, ¿qué pasó en verdad aquella tarde y de qué hablaron Bohr y Heisenberg? El autor tiene su particular explicación, muy en la línea de la versión oficial del encuentro, gestada en los turbulentos meses que siguieron al apresamiento de Heisenberg por los Aliados y a su traslado a Inglaterra junto con el resto de científicos del proyecto atómico nazi. Durante meses, el mando británico se dedicó a espiar y grabar todas las conversaciones de los físicos alemanes, encerrados en una granja de la campiña inglesa, con la esperanza de que pudieran resultar de interés para sus colegas del Proyecto Manhattan (la bomba nuclear estadounidense), un problema por entonces ya resuelto. También en la campiña, se enteraron de lo sucedido en Hiroshima y Nagasaki. O, lo que es lo mismo, de su fracaso profesional. Y, también allí, ingleses y americanos concluyeron que nada de

lo que pudieran saber aquellos presos les sería de utilidad. En 1946, un abatido Heisenberg regresaba a Alemania.

Cinco años después su ánimo era bien diferente. Hacía poco que había resuelto los últimos flecos de sus problemas con las autoridades nazis, provocados no tanto por su simpatía por el régimen —si bien es cierto que nunca manifestó una franca adhesión, tampoco manifestó lo contrario, y cuando tuvo oportunidad de exiliarse, como Einstein, no lo hizo— como por el campo de su investigación científica: la física cuántica, la física judía. Cuando bajó del tren que le dejó en Copenhague, todo aquello era historia pasada. Por delante, tenía un nuevo camino. ¿Cuál? Aquí es donde arranca la obra de Frayn.

Para Frayn, el encuentro del maestro y el discípulo tenía un objetivo claro por parte de éste: convencer a aquél de la inutilidad del esfuerzo aliado. Aunque por entonces el Proyecto Manhattan era casi una hipótesis de trabajo, Heisenberg sabía que a la postre ambos bandos estarían abocados a la construcción de una bomba atómica, que el primero que lo hiciera ganaría la guerra y que Bohr sería una pieza clave en esta carrera. Testigo de todo aquello fue la mujer de Bohr, un personaje fundamental en la relación del maestro con todos sus pupilos —incluido Heisenberg— y que en la obra es el contrapunto, distante y temeroso, frente a la confianza inicial de su marido. Frau Margrethe siempre receló de la cordialidad de aquella visita del más aventajado discípulo.

Con la puesta en escena de *Copenhague*, su director, el cántabro Román Calleja, ve cumplido un viejo sueño. Tres años se pasó de productora en productora sin éxito, hasta que Fila 7 y Armonía se cruzaron en su camino. Calleja afirma que «desde el principio me fascinó la historia de la obra. Quizás ahora nos resulte algo lejana, sobre todo a las puertas de un siglo que parece que será de la biología, del mismo modo que el XX lo fue de la física. Y, más en concreto, de hombres como Niels Bohr y Werner Heisenberg, que con toda seguridad siempre fueron conscientes de la importancia de sus teorías y que, de alguna manera, estaban escribiendo la historia, y no sólo la física, en primera persona. Fueron conscientes, pero también estoy convencido de que jamás llegaron a imaginar que la bomba atómica acabaría determinando la suerte de su siglo».

Ha sido esta reflexión la que ha querido trasladar a escena. «Lo que en verdad me ha preocupado es que el público comprendiera tanto el desarrollo como el significado de esta historia, que no es precisamente simple. Viene y se va en el espacio y en el tiempo, por lo que la primera exigencia como director era captar y retener la atención del espectador». Así, y con el fin de que ningún elemento accesorio estorbara esta exigencia, la propuesta escénica de Román Calleja se reduce a un espacio diáfano, como la esfera de la luna. «Un espacio que necesariamente debe ser atemporal y capaz de expresar con la misma intensidad el más allá y el más acá, como si reflejara los saltos en el tiempo y en el espacio del relato».

Con todo, el mayor acierto del montaje es, en opinión del director, el trío de actores: Juan Gea (Heisenberg), Fernando Delgado (Bohr) y Sonsoles Benedicto (Margrethe). «Tengo que confesar que sólo me han deparado alegrías y, sobre todo, sorpresas. Su implicación en la obra ha ido mucho más lejos del trabajo como actores. Hemos hablado y discutido las implicaciones filosóficas y vitales de esta historia hasta la saciedad. Juan, Fernando y Sonsoles me han descubierto una faceta intelectual que me ha sido de gran ayuda».